

sueño

Walter J. Mucher

un prado, desvirtuado por ocasiones temporales, yacía a mis pies mientras un sol trazaba la oscuridad de mi piel trasnochada. De repente una voz se dirigió a mí.

«Cierra la puerta.»

giré y no ví al locutor. —¿Cuál puerta?— pregunté esperando una respuesta, pero no venía.

«Por la cual soñaste.» contestó la voz al cabo de unos largos segundos.

temblando, extendí mi brazo, agarré la manilla que no estaba allí, y giré el pez que se materializó en mi mano hacia la izquierda. una puerta se cerró detrás de mí.

«Toma asiento.» ordenó lacónicamente la voz.

de pronto aparecieron frente a mí tres abejitas, coloradas de polen, rodeando un manzano. parecían deliberar las acciones de la bolsa de valores y su efecto sobre el futuro de la producción de cera de abejas.

«Toma asiento,» ordenó de nuevo la voz.

A mi izquierda vi una libélula que circundaba un elevado pastizal. al acercarme la libélula se alzó al nivel de mi cara y sonriéndose se despidió. confundido, tomé asiento

«¿Nombre?» preguntó la voz.

—No sé,— contesté tentativamente buscando el origen de la voz.

«¿Edad?» preguntó la voz.

—No sé,— volví a contestar.

«¿Causa?» preguntó la voz.

—No entiendo,— contesté frustrado al no encontrar al locutor, puse mis manos sobre mi sien, y, sintiendo la confusión que me rodeaba, le pregunté a nadie, —¿Causa? ¿Causa de qué?

pasaron unos segundos, que igualmente pudieron ser minutos, horas o días. entonces un ojo, coronado por una frondosa ceja inquisidora y marmoleado con destellos de plateado almibar, apareció flotando a unos pies de mí. a mi diestra parecía que las abejitas se acercaban a una decisión planar. el ojo me miró, parpadeó, y una vez más la voz se dirigió a mí

«¿No entiendes? No. No deberías. Todavía no deberías entender.»

entonces el ojo se cerró y desapareció sin mucha conmoción, mientras la voz continuaba hablando.

«No. Tienes razón. No es tiempo de entender. Es tiempo de ser.»

—¿Ser?—pregunté desesperadamente en la confusión del vacío que había resultado con la desaparición del ojo,— ¿Ser qué?

«Ser,» contestó la voz.

****puf****

desperté azorado sintiendo el pesado cabalgar del corazón en mi pecho.—Que pesadilla.— miré a mi diestra y halé de la sogá que yacía al lado de mi cama.

—¿Llamó, mi señor?

miré soñolientamente al encargado de turno que entraba a mi desván, tratando de enfocar en su forma a través de los destellos de luz que lo rodeaban.—Sí.— me postré contra las almohadas de la cabecera estrujándome los ojos con sombría determinación.

—Prepara un memorándum para los agentes de mañana.

—Sí, mi señor.— el encargado tomó fuente de su saco y alisó el pergamino con su mano. mirando a su señor se alistó para tomar nota, —Diga.

—A Azrael, con copias a Gabriel y al registro eterno: Azrael, recuérdale a Freud separar el consciente del inconsciente, y no olvides de darle a Jung las claves para la interpretación de los sueños. Té a las cuatro. Iahvé... etc., etc.